

¿Singularidad o ética? La carrera por la hegemonía mundial sobre la inteligencia artificial

Singularity or Ethics? The global race for artificial intelligence hegemony

Jimena García Merino* 

Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales, Universidad Tecnológica Centroamericana, Tegucigalpa, Honduras



Este trabajo está bajo una licencia internacional Creative Commons Attribution 4.0 BY, NC.

Recepción: 28 junio 2024 / Aceptación: 29 junio 2025 / Publicación: 29 junio 2025

Corresponding author: jgm-ai@outlook.com

Cita: García M., P. J. (2025). ¿Singularidad o ética? La carrera por la hegemonía mundial sobre la inteligencia artificial. *Innovare, revista de ciencia y tecnología*, 14(1), 1-3. <https://doi.org/10.69845/innovare.v14i1.489>

El avance acelerado de la inteligencia artificial (IA) plantea cuestionamientos éticos y estratégicos de dimensiones históricas. El desarrollo de sistemas cada vez más complejos y en un futuro cercano, autónomos, bajo estructuras de código abierto y tecnologías descentralizadas como blockchain, genera el desafío de alinear los objetivos de las IAs con los valores humanos, siendo esta tarea urgente y multidimensional.

Analizar desde el impacto ambiental hasta considerar cómo una intención programática con propósito noble -como puede ser una IA que tenga por objetivo la preservación de una especie en peligro- podría, bajo una lógica mal dirigida, conducir a consecuencias catastróficas para la especie humana, no es especulación informada; es una posibilidad creciente.

La realidad es que las normativas globales - estatales como multilaterales- no avanzan a la misma velocidad que los desarrollos tecnológicos, y ese desfase es ya un problema estructural, que se incrementa ante la falta de formación y consciencia de los usuarios. Lo que está en juego no es el progreso, sino su contención ética y estratégica.

La Ley de Moore, formulada en 1965, estableció que la tecnología se duplica cada dos años, parámetro con el cual los científicos estuvieron de acuerdo hasta principios del 2025, cuando el CEO de Nvidia, Jensen Huang, afirmó que la IA actualmente avanza más rápido que las tasas históricas -una Ley de Moore Hyper se avista-, callando que lo hace requiere cada día menor supervisión humana (Moore, 1965).

Albert Einstein, en su carta de 1939 al presidente Roosevelt, advertía sobre el potencial militar de la fisión nuclear (Einstein, 1984). Aun cuando en ese momento se tildó de especulación, su advertencia fue detonante para el Proyecto Manhattan. Esa historia no se debe repetir en silencio ante los riesgos actuales de la IA, por la carencia de rigurosidad en sus ámbitos de aplicación, controles y transparencia, así como ante la falta de la estrategia central sobre la cual debe operar: el bien común.

Considerando que la competencia por la hegemonía global siempre ha transitado entre los ejes comercial y

armamentístico, y que el segundo se nutre del primero, así como conscientes que el primer y principal uso de las tecnologías por los estados poderosos se disfraza de segura nacional, incorporándolas como elemento esencial en materia de inteligencia y contrainteligencia militar, la demanda por la no proliferación de armas comandadas por IA es un imperativo categórico para toda persona consciente.

Por ello, advertir desde la ética, basada en antecedentes verificables, es una necesidad impostergable. No son relatos; son hechos, y tan cercanos como hace 80 años. En el ámbito nuclear, lo que debió ser una promesa de energía limpia y accesible, derivó en el holocausto de Hiroshima y Nagasaki, donde más de 110,000 personas murieron en dos bombardeos atómicos, poco visibles en producciones de Hollywood en relación con otros acontecimientos bélicos que marcan la historia reciente de la humanidad. El átomo, en manos inescrupulosas y ambiciosas, dejó una herencia de muerte civil masiva y consecuencias transgeneracionales (World Nuclear Association, 2020).

Chernóbil en 1986 y Fukushima en 2011 demostraron que incluso el uso no militar del átomo, sin adecuada supervisión, puede causar tragedias ambientales y humanas irreversibles, siendo los vacíos éticos cómplices de la catástrofe. La biotecnología igualmente levanta banderas rojas. En 2018, He Jiankui creó los primeros bebés genéticamente editados para resistir el VIH. El uso de CRISPR-Cas9 con humanos generó repudio. Éticamente, se cruzaron fronteras sin consenso ni garantías.

Por su parte, la llamada “desextinción” de los lobos terribles desarrollada por Colossal Biosciences presenta inquietudes similares; ¿hasta dónde puede manipularse la vida sin comprender sus ecosistemas? Resucitar especies como el mamut puede parecer noble, pero no deja de ser una ingeniería de consecuencias impredecibles. Este tipo de ciencia también es impulsada por la IA.

En cuanto a la IA militarizada, los sistemas de selección de objetivos usados en Gaza generan preguntas incómodas: ¿quién decide quienes “deben” morir cuando decide un algoritmo? ¿La delegación de decisiones letales a sistemas

autónomos erosiona el derecho internacional humanitario? ¿Un algoritmo pesa más que el criterio humano en el cual converge el intelecto, sentimiento y la consciencia ética?

Las armas autónomas letales (LAWs) intensifican estas preocupaciones. Se discute globalmente su prohibición, pero su desarrollo avanza más rápido que los tratados y su utilización no se detiene omitiendo las advertencias. Es así que hoy, como en el pasado nuclear -los riesgos se fabrican antes que los límites-. Considerando la hipótesis de un código fuente diseñado para proteger, considerando los delfines ¿podría generar que una IA concluya que el ser humano es la mayor amenaza para estos mamíferos y por ende para protegerlos debe aniquilar a la humanidad?

En una confesión de partes, donde las celebridades de Silicon Valley como Sam Altman y Elio Musk, han expresado que ellos no tienen control sobre las respuestas que sus IAs generan, denominado caja negra a ese proceso -ahora para ellos desconocido- o bien afirmando que se ha llegado al punto de singularidad ¿quién posee en la actualidad el control sobre las IAs? ¿Cómo se delimita el poder y la autonomía de estas tecnologías emergentes?

Nick Bostrom advierte que una superinteligencia no necesita odiar a los humanos; basta que no los considere relevantes. Stuart Russell insiste: el problema no es la maldad de la IA, sino su competencia. La lógica mal alineada y sin control no es ciencia ficción, es el pecado original de la IA. La eficiencia sin regulación puede ser letal, la historia lo refleja con claridad (Mulgan, 2016; Russell 2019).

Proyectos como SingularityNET, red de IA autónoma y descentralizada en construcción, evidencian la doble cara del código abierto. La democratizar se divorcia de la regulación, generando un sistema -que sin los debidos y suficientes controles- puede evolucionar en direcciones imposibles de contener.

Como el átomo, la IA tiene múltiples rostros. Uno de ellos, el más invisible, es su capacidad de actuar con autonomía lógica -pero sin brújula moral-. Esa es la singularidad del problema: una máquina que “razona” sin referencia al daño que puede provocar -al carecer de consecuencias morales-.

Einstein dijo en 1945: “No me considero el padre de la liberación de la energía atómica. Mi participación en ella fue muy indirecta”. ¿Quién se denominará como padre de la IA cuando está cometa su primer “error” irreparable? Omitiendo los casos en los cuales estas tecnologías han inferido para que seres humanos terminen con sus vidas. La apuesta de grandes naciones es contar y controlar IAs generales o autónoma, y todos parecen empujar su nacimiento en el corto plazo, sin un marco ético sólido, recordando cuando el Club del Uranio fue enterrado.

Consecuentemente ¿se puede considerar que quienes alzan sus voces por la regulación de estas tecnologías son alarmistas o concluir que la especulación informada más que profética es probable? ¿Es racional esta precaución o atisbos de locura paracientífica?

Frente al desarrollo exponencial, la ética no puede esperar. No regular hoy -es fallar mañana-. Advertir es -en este caso- actuar en conformidad de los intereses superiores del que se reconoce como el animal más inteligente; incluso con capacidad “creadora” (Bentz, 2025).

Por esto, instituciones como Future of Life Institute (FLI, 2025), el IEEE, CSET, FHI Oxford, y campañas como Stop Killer Robots han planteado alertas concretas, a las que se suman los esfuerzos multilaterales como la Resolución A/RES/79/239 de la ONU, los debates del Consejo de Seguridad sobre IA en conflictos, y la iniciativa REAIM impulsada por más de 60 países (United Nations, 2023).

No se pretende que impere el miedo, sino asumir responsabilidades ante lo que ya está ocurriendo. La urgencia no es inventada: está documentada, respaldada y -lamentablemente- subestimada, por los operadores del poder global, que persiguen una hegemonía barbárica, en un mundo supuestamente evolucionado.

Las monedas han sido soltadas al aire, pero no es el azar el que determinará la cara que descubran, es la simplificación con la que los usuarios se desmarcan del contexto, mientras disfrutan de tendencias como imágenes al estilo Ghibli, sin considerar las violaciones a la propiedad intelectual, que no por ley -pero si moral- se transgreden sin consecuencias.

La lógica debería de llamar a la población mundial a demandar un alto al desarrollo de IAs, hasta que se cuente con las garantías de que sus usos serán a favor del desarrollo de todas las personas. La experiencia nos indica que los tomadores de decisiones prefieren pedir perdón a perder la posibilidad de subir un escalón hacia el monte de los imperios.

Entonces, un último cuestionamiento ¿pueden los ciudadanos organizados dar un golpe de timón hacia puertos seguros, donde las IAs se supeditan a los más altos preceptos éticos? Sí, sin duda. La politóloga Erica Chenoweth, fundamenta que únicamente se requiere al 3.5% de la población para realizar cambios significativos en las sociedades (Chenoweth, 2011).

Por lo tanto, es momento de ser parte desde la academia, empresas, gobiernos, los ciudadanos sin distinción, en conjunción con los desarrolladores, del grupo que se puede tildar de conspiranoicos, pero que se conforman por personas que aman la vida y la ciencia -desde la luz de ética- que nos llama a buscar y entender la verdad a través de la historia de la humanidad.

Conflictos de interés

Ninguno.

Aprobación ética

Exento.

Financiamiento

Ninguno

Uso de IA

No usado.

REFERENCIAS

- Bentz, V. M., Marlatt, J., Shapiro, J. J., & Fortune, L. D. (2025). *Mindful inquiry in social research*. Sage Publications.
- Chenoweth, E., & Stephan, M. J. (2011). *Why civil resistance works: The strategic logic of nonviolent conflict*. Columbia University Press.

- Cyranoski D. (2019). The CRISPR-baby scandal: what's next for human gene-editing. *Nature*, 566(7745), 440–442. <https://doi.org/10.1038/d41586-019-00673-1>
- Einstein, A. (1984). *Letter to Franklin D. Roosevelt* (1939). In *Ideas and opinions* (pp. 294-296). Crown.
- Future of Life Institute. (2025). *AI policy recommendations*. <https://futureoflife.org>
- Moore, G. E. (1965). Cramming more components onto integrated circuits. *Electronics*, 38(8), 114-117.
- Mulgan, T. (2016). *Superintelligence: Paths, dangers, strategies*. Oxford University Press.
- Russell, S. (2019). *Human compatible: AI and the problem of control*. Penguin UK.
- United Nations. (2023). *Resolution A/RES/79/239 on AI and international security*. <https://digitallibrary.un.org/record/4064063>
- World Nuclear Association. (2020). *Nuclear power accidents*. <https://world-nuclear.org>